

"EL HOMBRE FÓSIL" 80 AÑOS DESPUÉS

Homenaje a Hugo Obermaier

Editor
Alfonso MOURE ROMANILLO

UNIVERSIDAD DE CANTABRIA
FUNDACIÓN MARCELINO BOTÍN
INSTITUTE FOR PREHISTORIC INVESTIGATIONS

Presentación: S.A.S. Rainiero I, PRÍNCIPE DE MÓNACO

Editor: Alfonso MOURE ROMANILLO

Autores: Emiliano AGUIRRE
Pablo ARIAS CABAL
Javier BAENA PREYSLER
Rodrigo de BALBÍN BEHRMANN
Ignacio BARANDIARÁN MAESTU
Federico BERNALDO DE QUIRÓS
Concepción BLASCO BOSQUED
Primitiva BUENO RAMÍREZ
Victoria CABRERA VALDÉS
Juan Carlos CASTAÑÓN ÁLVAREZ
Ramón FÁBREGAS VALCARCE
Carmelo FERNÁNDEZ IBÁÑEZ
Leslie Gordon FREEMAN
Manuel FROCHOSO SÁNCHEZ
Joaquín GONZÁLEZ ECHEGARAY
Manuel R. GONZÁLEZ MORALES
César GONZÁLEZ SAINZ
Manuel HOYOS GÓMEZ
Benito MADARIAGA DE LA CAMPA
María del Carmen MÁRQUEZ URÍA
Bernat MARTÍ OLIVER
Rafael MARTÍNEZ VALLE
Alfonso MOURE ROMANILLO
Lawrence Guy STRAUS
Pilar UTRILLA MIRANDA
Valentín VILLAVERDE BONILLA
Christian ZÜCHNER

Con ocasión del cincuentenario de la muerte de Hugo Obermaier (Ratisbona, 1877 - Friburgo, 1946) la Universidad de Cantabria, la Fundación Marcelino Botín y el Institute for Prehistoric Investigations han decidido editar un volumen homenaje que evidencie la trayectoria y la vigencia de su aportación científica.

Aportación que, en su mayor parte, se sintetiza en su obra *El hombre fósil*. Originalmente publicada en España por la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, donde conoció sendas ediciones en 1916 y 1925, y posteriormente traducida a varios idiomas, fue durante décadas referencia obligada de consulta y estudio para varias generaciones de cuaternaristas.

Ochenta años después de aquella primera edición, este volumen intenta evitar lo que de convencional suelen tener los homenajes, muchas veces circunscritos a una compilación voluntarista de artículos cuyos contenidos están en relación con la actividad reciente de los participantes. Por el contrario, se ha pretendido la selección de una serie de temas en la medida que representan una nueva visión o un "estado actual" de cuestiones analizadas y/o sintetizadas por Obermaier en diferentes estadios de su carrera. A este proyecto se han sumado 27 autores adscritos a 19 instituciones (Universidades, Museos, Consejo Superior de Investigaciones Científicas y otros organismos y fundaciones) pertenecientes a cuatro países (España, Estados Unidos, Alemania y Francia).

A ellos debemos testimoniar nuestra gratitud por todas y cada una de sus colaboraciones y nuestra felicitación por la calidad de las mismas. Agradecimiento especial merece el *Dr. Züchner, de la Hugo Obermaier Gesellschaft* por la cesión de varias fotografías inéditas del homenajeado. Luis César Teira Mayolini, del Departamento de Ciencias Históricas de la Universidad de Cantabria, es el autor de los iconos que ilustran la Presentación y la Introducción.



“EL HOMBRE FÓSIL”

80 AÑOS DESPUÉS

UNIVERSIDAD DE CANTABRIA
FUNDACIÓN MARCELINO BOTÍN
INSTITUTE FOR PREHISTORIC INVESTIGATIONS

“EL HOMBRE FÓSIL” 80 AÑOS DESPUÉS

Volumen conmemorativo del 50 aniversario
de la muerte de Hugo Obermaier

Editor:

Alfonso MOURE ROMANILLO

Presentación:

S.A.S. Rainiero I, PRÍNCIPE DE MÓNACO

Autores:

Emiliano AGUIRRE, Pablo ARIAS CABAL, Javier BAENA PREYSLER, Rodrigo de BALBÍN BEHRMANN, Ignacio BARANDIARÁN MAESTU, Federico BERNALDO DE QUIRÓS, Concepción BLASCO BOSQUED, Primitiva BUENO RAMÍREZ, Victoria CABRERA VALDÉS, Juan Carlos CASTAÑÓN ÁLVAREZ, Ramón FÁBREGAS VALCARCE, Carmelo FERNÁNDEZ IBÁÑEZ, Leslie Gordon FREEMAN, Manuel FROCHOSO SÁNCHEZ, Joaquín GONZÁLEZ ECHEGARAY, Manuel R. GONZÁLEZ MORALES, César GONZÁLEZ SAINZ, Manuel HOYOS GÓMEZ, Benito MADARIAGA DE LA CAMPA, María del Carmen MÁRQUEZ URÍA, Bernat MARTÍ OLIVER, Rafael MARTÍNEZ VALLE, Alfonso MOURE ROMANILLO, Lawrence Guy STRAUS, Pilar UTRILLA MIRANDA, Valentín VILLAVERDE BONILLA y Christian ZÜCHNER

“El HOMBRE fósil” 80 años después : volumen conmemorativo del 50 aniversario de la muerte de Hugo Obermaier / editor, Alfonso Moure Romanillo ; presentación, Rainiero I, Príncipe de Mónaco ; autores, Emiliiano Aguirre... [et al.]. -- Santander : Servicio de Publicaciones, Universidad de Cantabria, [1996]

Precede al tít.: Universidad de Cantabria, Fundación Marcelino Botín, Institute for Prehistoric Investigations

ISBN 84-8102-139-3

1. Obermaier, Hugo 2. Prehistoria I. Moure Romanillo, José Alfonso, ed. lit. II. Aguirre, Emiliiano III. Universidad de Cantabria IV. Fundación Marcelino Botín (Santander) V. Institute for Prehistoric Investigations VI. TÍTULO

903

Cubierta: Corte estratigráfico de las excavaciones en la Cueva de El Castillo (Puente Viesgo, Cantabria). Dibujo de campo de H. Obermaier, 1910.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los autores.

© Los autores

© Servicio de Publicaciones. Universidad de Cantabria.

Avda. de los Castros, s/n. 39005 Santander (Spain)

Ayuntamiento de Torrelavega

D.L.: AS - 2370 - 96

I.S.B.N.: 84 - 8102 - 139 - 3

Imprime: Gráficas Ápel

Campo Sagrado, 33. Gijón (Asturias)

Í N D I C E

Presentación: <i>S.A.S. Rainiero I, Príncipe de Mónaco</i>	9
Introducción: <i>Alfonso Moure Romanillo, Editor</i>	11
Hugo Obermaier, la institucionalización de las investigaciones y la integración de los estudios de Prehistoria en la Universidad española	17
<i>Alfonso Moure Romanillo</i>	
Hugo Obermaier en el contexto de la Prehistoria cántabra: una valoración de Altamira	51
<i>Benito Madariaga de la Campa</i>	
Obermaier y el Conde de la Vega del Sella. El paradigma científico	79
<i>María del Carmen Márquez Uría</i>	
Obermaier y la Prehistoria en el Noroeste de la Península Ibérica	99
<i>Carmelo Fernández Ibáñez y Ramón Fábregas Valcarce</i>	
Orígenes del poblamiento en la Península Ibérica	127
<i>Emiliano Aguirre</i>	
Hugo Obermaier y el glaciarismo pleistoceno	153
<i>Juan Carlos Castañón Álvarez y Manuel Frochoso Sánchez</i>	
Hugo Obermaier y la Cueva del Castillo	177
<i>Victoria Cabrera Valdés, Federico Bernaldo de Quirós y Manuel Hoyos Gómez</i>	
Hugo Obermaier and the Cantabrian Solutrean	195
<i>Lawrence Guy Straus</i>	
La sistematización del Magdaleniense Cantábrico: una revisión histórica de los datos	211
<i>Pilar Utrilla Miranda</i>	
Obermaier y Altamira. Las nuevas excavaciones	249
<i>Joaquín González Echegaray y Leslie Gordon Freeman</i>	
Las pinturas y grabados paleolíticos del corredor B7 de la cueva de La Pasiega (Cantabria)	271
<i>Rodrigo de Balbín Behrmann y César González Sainz</i>	

Dataciones absolutas de pigmentos en cuevas cantábricas: Altamira, El Castillo, Chimeneas y Las Monedas	295
<i>Alfonso Moure Romanillo, César González Sainz, Federico Bernaldo de Quirós y Victoria Cabrera Valdés</i>	
The scaliform sign of Altamira and the origin of maps in prehistoric Europe	325
<i>Christian Züchner</i>	
El arte mobiliar del hombre fósil cantábrico	345
<i>Ignacio Barandiarán Maestu</i>	
Obermaier y el Asturiense: ocho décadas de investigación	371
<i>Manuel R. González Morales</i>	
Los concheros con cerámica de la costa cantábrica y la neolitización del norte de la Península Ibérica	391
<i>Pablo Arias Cabal</i>	
El yacimiento de Las Carolinas y la cerámica simbólica campaniforme. Algunos datos para su interpretación	417
<i>María Concepción Blasco Bosqued y Javier Baena Preysler</i>	
Los pueblos capsientes y el arte rupestre de la España Oriental en la obra de H. Obermaier	447
<i>Bernat Martí Oliver, Rafael Martínez Valle y Valentín Villaverde Bonilla</i>	
Soto, un ejemplo de arte megalítico al Suroeste de la Península	467
<i>Rodrigo de Balbín Behrmann y Primitiva Bueno Ramírez</i>	

HUGO OBERMAIER EN EL CONTEXTO DE LA PREHISTORIA CÁNTABRA: UNA VALORACIÓN DE ALTAMIRA

Benito MADARIAGA DE LA CAMPA

Correspondiente de la Real Academia de la Historia.

RESUMEN: Cuando Hugo Obermaier interviene en las excavaciones de la cueva de El Castillo, en Puente Viesgo, bajo el patrocinio del Instituto de Paleontología Humana de París, la Prehistoria en la provincia de Santander se encontraba en una segunda fase de su desarrollo, a partir de los descubrimientos de cuevas efectuados por Marcelino Sanz de Sautuola.

En el presente trabajo se recogen los precedentes del movimiento en Cantabria y la participación de las personas que hicieron posible el desarrollo de la nueva ciencia, gracias a la eficaz colaboración de los prehistóriadores franceses. La cueva de Altamira va a ser, desde su descubrimiento, referencia obligada en los estudios de la pintura rupestre. La labor realizada por el profesor Hugo Obermaier, en el primer tercio de siglo, dejó una huella importante en la historia de los descubrimientos prehistóricos realizados en la región.

ABSTRACT: When Hugo Obermaier took part in the excavations of the cave called "El Castillo" in Puente Viesgo, under the sponsorship of the *Institut de Paléontologie Humaine* in Paris, the study of Prehistory in the Province of Santander was in the second phase of its development, following the discoveries of Marcelino Sanz de Sautuola.

In the present work are covered the antecedents and the initial impetus of Prehistory in Cantabria, and the role therein of the persons who brought about the development of this new science, which was to be solidly supported by the French Prehistorians. The Cave of Altamira was to be, from the time of its discovery, a compulsory point of reference in the study of cave paintings. The work carried out by Professor Obermaier in the first third of the century left, as can be seen, an important impact on the history of prehistoric discoveries in the Cantabrian region.

* * * * *

Cuando Hugo Obermaier llegó por primera vez a Cantabria, a raíz del segundo contrato firmado por el Príncipe de Mónaco con Hermilio Alcalde del Río, en 1909, para que se realizaran las excavaciones de las cuevas de Valle (Rasines), Venta de la Perra (Molinar de Carranza), Hornos de la Peña (San Felices de Buelna) y la del Castillo, en Puente Viesgo, la Prehistoria estaba en la provincia de Santander en una segunda fase de estudio y desarrollo. Desde el siglo pasado, como diremos, existía una relación documentada de trabajos y descubrimientos que, aunque no fueron numerosos, resultaron de primordial importancia en su tiempo. Un miembro de la burguesía comercial, Marcelino Sanz de Sautuola, perteneciente a la Comisión Provincial de Monu-

mentos Históricos y Artísticos, se interesó por el desarrollo cultural y económico de su provincia y fue, a la vez, el principal animador de los descubrimientos en este campo, luego tan fructífero.

Si bien es cierto que, en el siglo anterior, se conocieron, antes de las de Altamira, exploraciones en cuevas de la región, la ciencia nueva, como la llamó el prehistoriador Juan Vilanova, era entonces prácticamente una desconocida. Pascual Madoz, en su *Diccionario* (1845-1850), al referirse a la provincia de Santander, cita ya varias cavernas, como las de Socueva, Machucos y Cañuela, en Arredondo; menciona una de Ramales utilizada como punto de resistencia durante la guerra carlista, y alude, al referirse a Puente Viesgo, al santuario dedicado a la Virgen del Castillo en la cúspide de una de las montañas, lugar de un posible culto pagano en el pasado.

Pérez Galdós, en *Cuarenta leguas por Cantabria* (1876), deja constancia, a su vez, de dos cuevas cercanas a Comillas, las de La Meaza y Las Cáscaras, sin mencionar su interés prehistórico.

En el tercer cuarto de siglo y debido al feliz y discutido descubrimiento de Altamira y sus pinturas, se inicia una inquietud intelectual en este campo, que dará origen en Cantabria a una serie de hallazgos de cuevas de interés prehistórico. El año 1880 fue, quizás, la fecha clave de este movimiento dirigido por una serie de aficionados autodidactas, que conforman la que puede llamarse Primera promoción de prehistoriadores regionales. El principal de ellos, Marcelino Sanz de Sautuola (1831-1888), aunque se consideraba a sí mismo un "mero aficionado", había estudiado Derecho en las Universidades de Valladolid y Madrid y había leído, entre otros, los escritos de Casiano de Prado, Juan Vilanova, Boucher de Perthes y John Lubbock. Su preparación en Prehistoria y los reconocimientos que realizó de cavernas de la región explican que Emile Cartailhac, cuando le escribe el 5 de diciembre de 1880, le llame "respetable colega", y le solicite una serie de datos de interés respecto a la cueva (*El Eco de la Montaña*, 30-XII-1880).

En 1872, Juan Vilanova, considerado el padre de la prehistoria española, dirige la publicación de un libro escrito por una Sociedad de Naturalistas, *La Creación. Historia Natural*, obra en la que se exponía científicamente el darwinismo. La nueva teoría fue acogida minoritariamente en España, con preferencia por parte de profesores de Ciencias Naturales y Medicina. Aceptaron el evolucionismo Rafael García Álvarez, Augusto González de Linares, Enrique Serrano Fatigati, Pelegrín Casanova, Gaspar Sentiñón, Octavio Lois, José Rodríguez Carracido, etc., nombres unidos a los primeros trabajos referentes a la Prehistoria, como el libro de Víctor Meunier *Los antepasados de Adán. Historia del hombre fósil*, traducido en 1876 por Alejo García Moreno, que circuló entre un público interesado por estos temas (Cuello, 1984: 57-62; Barreiro, 1971: 539-574; Caster, 1959: 83-94).

Al grupo inicial de descubridores regionales de yacimientos, pertenecía el erudito Eduardo de la Pedraja (1839-1917), explorador en 1879 de la cueva

de Cobalejos o de Puente Arce y, en 1880, de otra llamada de La Fuente del Francés. La primera fue excavada en 1914 por Obermaier y Luis de Rozas y su fauna estudiada por E. Harlé. Figuró, igualmente, entre los primeros visitantes de Altamira el farmacéutico de Torrelavega Eduardo Pérez del Molino Rosillo, revelador de la cueva de las Brujas, en Suances, y compañero de Sautuola en sus reivindicaciones con respecto a la autenticidad de las pinturas de Altamira, a las que se unió el naturalista Augusto González de Linares (1845-1904). Había estudiado y publicado éste el hallazgo de restos de *Elephas primigenius* y de otros fósiles en Santander y de *Rhinocerus tichorhinus* en terrenos de la zinconisa de Udías (Cantabria). González de Linares, hombre de una gran preparación, era discípulo de Juan Vilanova y de José Macpherson y exploró con este último, prestigioso geólogo, la cordillera cantábrica por la cuenca del Saja desde Reinosa a San Vicente de la Barquera (G. de Linares, 1884: 359-370; Ítem, 1880: 38-62 y 222-234).

Entre sus descubrimientos notables figuraban el del weáldico (capas del paso del jurásico al cretácico, donde se encontraron en Bernissart restos de Iguanodontes) en la sierra del Escudo de Cabuérniga. Posiblemente, informó a Francisco Giner de los Ríos del hallazgo de pinturas en la cueva. González de Linares, que fundó en Santander la primera Estación o Laboratorio de Biología Marina de España, exploró con el geólogo Salvador Calderón algunas de las cavernas de la región, como la de Oreña o Royales, cuyas conclusiones publicó en 1877 y las del Salitre, El Sapo y la Puntida en las cercanías de Ajanedo, en Miera (Madariaga, 1972b: 138-39).

El descubrimiento de Altamira fue en su tiempo, como dijo después Cartailhac, "absolutamente nuevo, extraño en alto grado", afirmación, ratificada por Breuil y Obermaier, de que el hallazgo de las pinturas resultó revolucionario (Hoyos Sainz, 1902: 1; Breuil y Obermaier, 1935: 6). Sin embargo, Sanz de Sautuola sí valoró acertadamente su descubrimiento. Contadas personas le apoyaron entonces: Juan Vilanova, Eduardo Pérez del Molino, Augusto González de Linares, Henri Martin y E. Piette. Una serie de circunstancias incidieron en que la antigüedad de los frescos de Altamira tuviera escasos defensores. Por un lado, no existía un precedente de la pintura parietal, aunque sí del grabado mueble, aceptado por Cartailhac y algunos prehistóriadores; por otro, la cueva, desgraciadamente, no proporcionó restos humanos, lo que hizo que fuera estéril para la Antropología (Hoyos Sainz, 1947: 150). En aquellos momentos, la opinión sobre la capacidad intelectual del hombre primitivo, para el que se empleaba el término "salvaje", no ayudó a considerarle autor de aquellas maravillosas pinturas. Algunas opiniones de la época degradaban el sentido cultural de los que llamó Federico Ratzel, con más propiedad, "pueblos naturales". Los criterios de algunos científicos reflejan, como veremos, el parecer erróneo que aún permanecía entre algunos de ellos. Así, Víctor Strauss los consideraba un "estado infantil de la humanidad"; Gustavo Fritsch opinaba que el desarrollo armónico

del cuerpo humano únicamente era posible bajo la influencia de la civilización y Hamann decía que "sin lenguaje no habría razón, sin razón la religión sería imposible, y sin estos tres elementos esenciales de nuestra naturaleza, faltarían el espíritu y el lazo social". Todavía fueron más negativos los juicios emitidos por Rudolph Virchow para el que, por ejemplo, los lapones y bosquimanos eran razas degeneradas y enfermas, es decir, patológicas (Ratzel, 1888: 3-10).

A ciertos etnógrafos y prehistoriadores, una deficiente comprensión de esta teoría evolutiva, aplicada a los pueblos primitivos y en relación con las pinturas de las cuevas, no les facilitó la correcta interpretación de las mismas. En estos momentos, existían dos criterios de valoración: los que simplemente consideraban aquellas comunidades situadas en un lugar inferior respecto al mundo civilizado, aunque le concedían cierta cultura, y los que estimaban que estaban atrasadas y en franca degradación y, por tanto, carentes de ella (Ibidem: 5). Cartailhac reconocería, más tarde, que había desechado el valor de las pinturas por no haber tenido en cuenta los descubrimientos franceses y sospechar una posible falsificación de las figuras bicolores (*El Cantábrico*, 22 a 24 julio 1902), que se atribuyeron a un pintor, Paul Ratier, amigo de Sautuola. Los artículos publicados por un sacerdote español en *El Cántabro* bajo el seudónimo de "El parlante" y cuya autoría se atribuyó en Torrelavega a Ezequiel Quijano, contribuyeron a crear y propagar la sospecha del fraude (*El Cántabro*, 20 y 25 de julio de 1881). El rumor fue recogido por Eugenio Lemus, director de la Calcografía Nacional, en su debate en la Sociedad de Historia Natural de Madrid, el 3 de noviembre de 1886. Ello obligó a Sautuola a escribir, al respecto, a Vilanova, el 1 de diciembre de ese año, explicándole que "Ratier no era capaz de pintar las figuras de la cueva por falta de aptitud artística" (*El Cantábrico*, 29 agosto 1902). Existían, además, unas razones técnicas que incrementaron esas sospechas en vida de Sautuola. Según los expertos no se encontraban ahumados los techos ni las paredes de la cueva, las incrustaciones que recubrían los dibujos parecían demasiado finas y las pinturas presentaban una factura reciente y de gran perfección. E. Harlé y E. Cartailhac no aceptaron entonces su autenticidad, como dijo más tarde este último, por no haber realizado comparaciones etnográficas del hombre primitivo con los salvajes actuales. Por ello fue "cómplice de un error", que noblemente reconoció y rectificó (*El Cantábrico*, 23 julio 1902: 1). Sorprendió a los observadores, sobre todo, la ejecución firme y segura del dibujo. En los diferentes debates científicos a que se sometió la cueva en la Sociedad de Historia Natural, entre 1880 y 1886, intervinieron naturalistas de gran prestigio, como el geólogo y catedrático de Cristalografía Francisco Quiroga, Laureano Pérez Arcas, autor entonces de un importante *Manual de Zoología*; Ignacio Bolívar, catedrático de Entomología; Salvador Calderón Arana, geólogo y mineralogista, que había estudiado con Quiroga la erupción ofítica del Ayuntamiento de Molledo, en Cantabria (Calderón y F.

Quiroga, 1887); etc. Pero sus opiniones no aportaron nada nuevo. Incluso, algunos, como Eugenio Lemus y Eduardo Reyes Prósper, se inclinaron por considerar las pinturas de la cueva de Altamira como una falsificación y, desde luego, no debidas al hombre prehistórico. Sólo Vilanova, Salvador Calderón y González de Linares, sobre todo el primero, defendieron con argumentos la posible autenticidad de aquellas pinturas. Los artículos inoportunos y disparatados de Ángel de los Ríos, cronista de la provincia, que había visitado la cueva el 20 de noviembre de 1880, contribuyeron aún más a desprestigiarla. En uno de ellos en *El Eco de la Montaña* (30-IX-1880), aludía a Vilanova, sin nombrarlo, al referirse al “origen del hombre”, teorías expuestas en su libro *Origen, naturaleza y antigüedad del hombre* (1872), a las que llamó “sistemas preconcebidos”, en clara referencia a la adhesión al evolucionismo del citado prehistoriador. Le respondió Sautuola en esta y otras cuestiones de sus artículos y tuvo que advertirle que en la obra de su defensor Juan Vilanova aparecía “la censura eclesiástica autorizando su publicación”.

El mismo año en que editó Sautuola su libro *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos de la provincia de Santander* (1880), L. Sánchez de Castro daba a conocer *El origen del hombre según la ciencia*, obra que desde el prisma católico atacaba “sin tregua ni descanso” las teorías del darwinismo y del transformismo, favorecidas, a juicio del autor, por el materialismo y el positivismo. En una crítica sobre éste se decía a modo de resumen: “Concluyamos: el darwinismo es un error condenado, no sólo por la revelación y la sana filosofía, sino también por las ciencias físicas y naturales” (Damián Isern, 1880: 146-47). Otros autores, científicos o religiosos, impugnaron también el evolucionismo, como Gerónimo Macho, José Planellas Giralt, Luis Pérez Mínguez, Manuel Polo y Peyrolón, Fructuoso Plans y Pujol y el naturalista y médico militar Manuel Baraja (Barreiro, 1971: 551-571; Caro Baroja, 1977: 23-35; Madariaga, 1986: 15-21; Baraja, 1887: 265-69).

En agosto de 1880, Sautuola se encontraba escribiendo su libro y tenía ya dispuestos dos envíos con materiales procedentes de las cuevas de Altamira y Camargo con destino, respectivamente, al Museo Arqueológico y a Juan Vilanova. En septiembre, el diario *El Aviso* de Santander (25-IX-1880) se refería a los estudios que se estaban realizando de las “ciencias prehistóricas” en la provincia, “merced a las indicaciones y objetos hallados en varias cavernas situadas en su circunscripción y, sobre todo, en la ya famosa Santillana”. Fue entonces cuando se sustituyó la puerta de madera de la cueva por otra de hierro, y la corporación del Ayuntamiento se dirigió al Ministro de Fomento invitando a los prehistoriadores del Congreso de Lisboa a visitar Altamira. En ese mismo mes de septiembre Vilanova pronunciaba dos conferencias en Santander, una en el Casino Montañés y la segunda en el Instituto Provincial. En ellas se refirió a la importancia del descubrimiento, después de haber visitado las cuevas de Altamira y de Camargo. Tras recibir la carta de Sautuola en la que le informaba de ambos hallazgos, fue comisionado por

el Ministerio de Fomento para su estudio y solicitó que le proporcionaran los aparatos necesario para producir luz eléctrica, a la vez que apuntaba la conveniencia de fotografiar las pinturas. Realizó la iluminación de la cueva el naturalista santanderino José Escalante y González.

Terminó Vilanova su conferencia con estas palabras invitando a los oyentes, interesados por estas cuestiones, a que comunicaran nuevos descubrimientos:

"Dichoso me consideraría, señores, si el imperfecto relato que de los triunfos obtenidos por los ilustres hijos de la provincia que desaliñadamente acabo de hacer, abusando quizás de vuestra paciencia, sirven de noble estímulo a todos para realizar nuevos descubrimientos que, a la par que dilaten los horizontes de la ciencia nueva, contribuyan, como los ya realizados, a ilustrar más y más la primitiva historia del país (p. 150)".

Quizá ha pasado un tanto desapercibida la contribución en esos momentos de Francisco Giner de los Ríos al estudio de Altamira, visitada al mismo tiempo por él y Juan Vilanova aprovechando la venida de este a Santander. El fundador de la Institución Libre de Enseñanza organizó con ella una excursión por la provincia con la visita a diferentes lugares, como Santillana y la citada cueva, Cabuérniga, Cervatos y su colegiata, los pueblos de la cuenca del Nansa, San Vicente de la Barquera, Liébana, etc. (*Boletín de Comercio*, 22-IX-1880: 2). Fue Giner quien, interesado por el descubrimiento, después de escuchar las explicaciones de Vilanova, encargó al geólogo Francisco Quiroga y al geógrafo Rafael Torres Campos un informe sobre la cueva, que fue publicado en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza* (16-XI-1880: 161-63).

Acompañados en su visita por Pérez del Molino y el Marqués de Casa-Mena, hicieron ambos profesores atinadas observaciones sobre los útiles encontrados, la fauna terrestre y marina y el carácter de las pinturas, pero fallaron en la cronología y, al no saber encasillar aquellas representaciones en las que no encontraron ningún parecido con otras culturas, llegaron a pensar que la cueva pudo estar habitada por soldados romanos. Sin embargo, advirtieron en los frescos "una aspiración a la escultura policroma. Aprovechando la saliente de la roca, de aspecto análogo a cabezas de animales, se han figurado éstos añadiendo ojos, boca, etc.". Y más adelante decían: "...en la técnica del pintor de Altamira entran estos elementos: perspectiva lineal, perspectiva aérea, color desleído en agua o en grasa, pincel". Y apuntaron a modo de conclusión: "No busquemos en ningún arte que comienza pinturas parecidas a las de Altamira" (Sanz de Sautuola, 1976: 258-268).

La importancia que se dio a la cueva, aún sin estar datados los dibujos, se advierte en que en la Crónica científica de la *Revista de España* (setiembre-octubre, 1880: 563) se publicó una nota basada en las noticias proporcio-



Fig. 1. Retrato al óleo de D. Eduardo Pérez del Molino Rosillo (foto Esteban Cobo).

nadas por Miguel Rodríguez-Ferrer en *La Ilustración Española y Americana* (Madrid, 8-X-1880, pp. 206-210). Otros periódicos, como *La Correspondencia de España* (22-XI-1880), *La Voz Montañesa* (8-XII-1880), *El Boletín de Comercio* (14-IX-1880) de Santander, *El Impulsor* (26-IX-1880) y *El Cántabro* (10, 15, 20 y 25 de enero y 20, 23 de febrero de 1881) de Torrelavega, informaron con sus opiniones sobre aquel curioso acontecimiento.

No llegaron a Santillana en octubre, como se esperaba, algunos de los prehistoriadores procedentes de Lisboa (*Boletín de Comercio*, 6-X-1880: 2), pero de ellos sólo Henri Martin le escribió a Vilanova una carta de compromiso, el 5 de octubre de 1880, con su parecer sobre la cueva, a pesar de no conocerla, reflexionando sobre su posible datación prehistórica:

"Diríase, pues, que fueron los mismos hombres que dibujaron las figuras de Santander [se refiere a los grabados sobre roca y hueso], pero habiendo ya dado un paso más en el arte. Parece también que las combinaciones de líneas de ornamentación que presenta una de las láminas, se aproxima mucho a ciertos dibujos del hombre de las cavernas. De todos modos, no dudo que vuestra visita a la gruta de Santillana suministrará los más interesantes resultados (*El Eco de la Montaña*, 31-X-1880)".

Los prehistoriadores a los que se esperaba el 7 de octubre, declinaron realizar el viaje. Al año siguiente, Edouard Harlé visitó dos veces la cueva, en febrero y abril de 1881. Le acompañaron durante su estancia Sautuola y Pérez del Molino. El informe, en el que colaboraron para la fauna A. Gaudry y Fischer, aportaba datos interesantes, pero no autentificó entonces las figuras de Altamira. Harlé comunicó a Mortillet y Cartailhac su juicio desfavorable. Los razonamientos en contra fueron los ya citados: desde el reblandecimiento de la pintura, al hecho de que el color cubriera las fisuras de la roca y el que no aparecieran señales de ahumado; todo lo cual le inclinó a una opinión de modernidad. En tanto, Vilanova, como un caballero andante en defensa de su creencia, acude ese año al Congreso de Argel y allí, al hablar de las polémicas pinturas, un socio asistente leyó una carta adversa escrita por E. Cartailhac. Vilanova lo refiere así en su libro:

(...) fundado en los antecedentes comunicados por un ingeniero francés, y previendo sin duda que se trataría este asunto, pues sabía desde nuestra última entrevista en Lisboa que tenía intención de ir a Argel, desmiente que dichas pinturas sean prehistóricas. Protestó del proceder de la persona que no había visto la cueva, y para terminar se dirigió un ruego a la sección, que consistía en que fueran sus individuos a Santillana para juzgar por sí mismos (Vilanova, 1884: 381).

Acude, una vez más, al de Antropología y Prehistoria de Berlín, en marzo de 1882, y al Congreso de la Association Française pour l'Avancement des Sciences, celebrado en agosto en La Rochelle, donde efectuó una última y sólida argumentación en favor de las pinturas, probando que no eran recientes

debido a que existían huesos grabados procedentes de la misma cueva, y que el material utilizado en ellas se hallaba fácilmente en la región y, sobre todo, a que las figuras estaban cubiertas de finas concreciones calcáreas, lo que demostraba su antigüedad (Kühn, 1971: 122-124). Acudió, en vano, con la misma pretensión, al de Nancy, celebrado en 1886. Sin embargo, Altamira no cayó en el olvido, ni tampoco se puso en duda la honorabilidad del descubridor. Todavía realizó Sautuola en 1887 una última tentativa al enviar a su colega, el abogado Eduardo Piette, unos dibujos de la cueva. Cartailhac en *Les âges préhistoriques de l'Espagne et du Portugal* (1887), obra importante en su época, trataba de los grabados, pero relegaba al olvido las pinturas de Santillana, e igual había hecho Gabriel de Mortillet, en 1883, en su manual *Le Préhistorique. Antiquité de l'homme*.

En 1888 murió Sautuola sin haber tenido la satisfacción de ver reconocido su descubrimiento. Sin embargo, otros tiempos y otras personas le darían la razón. Las exploraciones que a finales de siglo tuvieron lugar en el sur de Francia apoyaron la tesis de Altamira. Aún dentro de las dudas suscitadas por la cueva, es indudable que una buena parte de la opinión reconoció en ella, al menos, su habitabilidad por el entonces llamado hombre antiguo. Sin embargo, se aguardaba un dictamen científico, que, desgraciadamente, no fue proporcionado por los prehistoriadores. Tanto la corporación de Santillana como los protagonistas y valedores del hallazgo, solicitaban que ese informe se diera después de visitar la cueva, pero los especialistas dudaban, ante un posible error que les condujera al ridículo. Aquellos hombre de ciencia temían que se repitiera el caso de las falsificaciones de Konrad Merck. Con todo, Altamira había suscitado un interés general por explorar nuevas cuevas en la región. Con este objeto, el propio Sautuola intentó reafirmar su descubrimiento con otros semejantes. Para ello visitó las cuevas de la Peña del Mazo, en Camargo, la del Pendo, la del Cuco y, en 1881, reconoció las galerías de las antiguas minas de Reocín, donde encontró restos de *Equus* y *Elephas*. Los mismos pasos dieron Eduardo de la Pedraja y E. Pérez del Molino. Incluso en un lugar distante como Liébana, se descubrió la cueva de la Mora en 1882 y se enviaron los restos hallados a Vilanova. En 1896 la exploraba Gabriel Puig y Larraz. Otras examinadas a finales de siglo fueron las de La Coventosa, la de Cupudia, en Valdeasón; los Machucos, la cueva del Pollo, en 1889, y la de Socueva, en Arredondo, estudiada ésta en 1894 por Maximiano Regil y Alonso (*La Voz de Cantabria*, 31-XII-1930: 2).

En 1895, con motivo de la reunión que tuvo lugar en Burdeos por la *Association Française pour l'Avancement des Sciences*, a la que asistía el profesor Cartailhac, le fue presentada la escritora Emilia Pardo Bazán, que había visitado Altamira recientemente. Su testimonio trasmítido al célebre prehistoriador con razonados argumentos sobre la impresión que le produjo la cueva y su posible autenticidad, fue recogido después con estas palabras: "recut à cet égard des informations très nettes, et il put, le premier, dans cet-

te conversation même, avonner que cette espérance serait probablement justifiée" (Cartailhac, E. et H. Breuil, 1906: 14).

Al año siguiente, Prudencio Sánchez, desde *La Unión Mercantil e Industrial de Sevilla* (20-III-1896: 1), se manifestó a favor del carácter prehistórico de la misma y a que fue habitada por una raza de aquella época.

En tanto, en Francia, Chiron descubría en 1889 decoraciones parietales en la cueva de Chabot; Riviere hacía lo mismo en la Dordogne con la Mouthe, en 1895; la de Pair-non-Pair, fue valorada en 1896 por Deleau, en la Gironde; Reganault dio a conocer al año siguiente la de Marsoulas en Haute-Garonne, etc. El más antiguo, luchador solitario, como Sautuola, fue Edouard Piette, que inicia sus excavaciones en 1871 con la cueva de Gourdan, próxima a Montréjeau; en 1873 en Lothet y, así, continúa sus trabajos hasta finales de siglo con las cuevas de Lourdes y Mas d'Azil. Curiosamente, también caerán sobre él suspicacias. Pero la aparición de numerosos grabados parietales, la presencia de pigmentos y la representación de animales como los de Altamira hicieron sospechar que se encontrarían otras cuevas con pinturas semejantes a las halladas en Santillana del Mar.

LA SEGUNDA PROMOCIÓN DE PREHISTORIADORES CÁNTABROS

Los descubrimientos de nuevas cuevas importantes francesas, sobre todo las de principio de siglo, como Les Combarelles y Font-de-Gaume en septiembre de 1901, seguidos de las posteriores visitas realizadas a gran parte de ellas por L. Capitan, H. Breuil y D. Peyrony, obligaron a los prehistóriadores del país vecino a reconsiderar las incomprensionadas figuras de Altamira.

El 29 de agosto, el propio Eugenio Lemos, en *El Cantábrico*, vuelve ocuparse de la cueva y reconoce que las pinturas resultaban muy superiores en su calidad a los dibujos efectuados por quienes las habían interpretado, aunque eran personas conocedoras de la materia, por lo que siguió manteniendo sus dudas de que fueran antiguas. No obstante, sugirió para el estudio de las reproducciones el uso de la fotografía.

La noticia local importante de este año sobre Altamira fue la llegada el 28 de septiembre a Santander de E. Cartailhac, acompañado del conocido prehistóriador el abate H. Breuil. Su objetivo era comprobar sobre el terreno la cueva y estudiar otras de la provincia, para lo que comenzaron por reconocer los útiles y restos de la fauna existentes en las colecciones de Altamira y las recogidas por Eduardo de la Pedraja, así como los materiales que poseía la familia del finado Sanz de Sautuola (*El Cantábrico*, 10-X-1902). Ninguno de los dos hablaba español, y les sirvieron de interpretes a su llegada Menéndez Pelayo y Pérez del Molino. En el mes de noviembre, la Real Academia de San Fernando ruega a la Comisión Provincial de Monumentos Históricos y Artísticos de Santander a que "realice un detenido estudio de la cueva de Al-

tamira y procure obtener algún calco de las notables pinturas que contiene", a la vez que solicita al Ministro de Instrucción Pública que destine fondos para realizar dichos calcos. El mes anterior se había pedido que fuera declarada Monumento Nacional.

Estando en Altamira los dos prehistoriadores, recibieron la visita de Hermilio Alcalde del Río en el momento en que Breuil y Cartailhac sacaban copias –no calcos– de los dibujos y de los grabados murales y realizaban fotografías (Breuil, 1994: 12). El primero lo refiere en estos términos:

"Todo ello estaba iluminado por dos sencillos candelabros en forma de trébedes, cada uno de los cuales llevaba en la parte superior 10 velas de estearina ordinaria (la lámpara de acetileno todavía no estaba en uso). Entonces, con lápiz corriente realizaba el dibujo muy preciso del animal a copiar, con todos sus detalles, tomando algunas medidas suplementarias. Hecho el segundo dibujo, volvía a la luz del día y, con una hoja transparente, trasladaba este dibujo cuidado a una hoja de papel Wattman fijada sobre un tablero. Sobre esta hoja, realizaba la figura a la vista del modelo, al pastel y al difumino, pero no la acuarela que no se habría secado en la atmósfera húmeda de la cueva: el pastel muy frotado no era frágil y podía soportar los transportes sin el riesgo de debilitarse (ibidem: 11)".

Por su parte, el antropólogo Luis de Hoyos Sainz publicó en el diario *El Cantábrico*, del 22 al 24 de julio y el 29 y 30 de septiembre, unos artículos reivindicando al descubridor, y comentando el trabajo de Cartailhac "Les cavernes ornées de dessins. La grotte d'Altamira. *Mea culpa d'un sceptique*", palinodia con la que se disculpaba de sus dudas primeras.

Según Hoyos Sainz, las personas idóneas para el estudio y valoración de la cueva eran Menéndez Pelayo y González de Linares, pero hasta el 21 de noviembre de 1902, no se nombró a Hermilio Alcalde del Río y a González de Linares para que, por Real Orden el Ministerio de Instrucción Pública, dictaminaran "acerca de la importancia y mérito de la cueva de Altamira" (Madarriaga, 1972: 30). En el verano del año siguiente Breuil escribe a Pérez del Molino anunciándole un nuevo viaje en compañía de Capitan. Les acompañaron González de Linares y Luis de Hoyos Sainz. Este año volvería también Harlé a ver la cueva.

Nada más ausentarse los franceses, tras el viaje de 1902, Hermilio Alcalde del Río comienza, en solitario, el estudio de la cueva de Altamira y reproduce parte de las figuras que completa en años sucesivos e inicia la llamada carrera de los descubrimientos de varias cuevas en la provincia, ayudado, en parte, por el Padre Lorenzo Sierra, profesor de Historia Natural en el Colegio de Limpias (Cantabria). Entre ambos realizaron un número considerable de inventarios de cuevas con yacimientos, grabados y pinturas. Así, Lorenzo Sierra halla, entre otras, las siguientes: del Salitre en 1903 y explora la del Mar en Omoño y otra en Hoz de Marrón; la de Venta de la Perra en 1904, de Valle en 1905, de La Sotorriza en 1906, de Otero en 1909, etc. Y Alcalde del



Fig. 2. Retrato al óleo de D. Hermilio Alcalde del Río, obra de Joaquín Bárbara Balza. Cortesía del Museo Arqueológico de Barcelona.

Río hace lo propio en 1903 en una de Barcenaciones. En septiembre los dos investigadores dan a conocer la de Covalanas y La Haza. Hermilio Alcalde, por su cuenta, explora las de Hornos de la Peña y El Castillo, en 1903; Santian en 1905, La Clotilde, en colaboración con Breuil, en 1906; los grabados del Pendo y La Meaza, en 1907; El Pendo, Mazaculos, Balmori y La Loja (esta última en colaboración con Breuil) en 1908 y, al año siguiente, la de Las Aguas, en Novales (ibidem: 40).

En una nota del 7 de marzo de 1905, el diario *El Cantábrico* anuncia la próxima publicación de cuevas francesas y españolas gracias al mecenazgo del Príncipe de Mónaco y se insertaba una carta de E. Cartailhac con esta advertencia: "Es una lástima que un yacimiento como el de la gruta de Altamira, que será cada vez más célebre, y más cuando nuestra obra se de a conocer al mundo entero, no sea explorada con el cuidado y la censura necesarios". La alusión iba dirigida a Hermilio Alcalde del Río que llevaba años estudiando, con autorización, en sus ratos libres, las cuevas por él descubiertas. A los pocos días respondió el prehistoriador de Torrelavega con un artículo en el que decía, refiriéndose a Altamira: "Mr. Cartailhac puede estar tranquilo sobre el particular, pues hace dos años que estoy explorándola con la escrupulosidad y método que pudieron emplear Mr. Piette y más tarde de su aventajado discípulo Mr. l'abbé Breuil en la célebre gruta de Mas d'Azil" (*El Cantábrico*, 22-III-1905). Y añadía que la lentitud de sus trabajos se debía a no tener subvenciones ni ayudas, pero que confiaba en el éxito de cualquier empresa, al coincidir la tenacidad del propósito y la constancia del esfuerzo.

El 1 de marzo de 1906 terminaba Alcalde del Río su opúsculo titulado *Las pinturas y grabados de las cavernas prehistóricas de la provincia de Santander* en el que estudiaba las cuevas exploradas por él: Altamira, Covalanas, Hornos de la Peña, y El Castillo. Después de la de Sautuola fue la segunda en importancia en Cantabria. Previa consulta de algunos trabajos publicados entonces en Francia, inició sus estudios comenzando por la reproducción de las pinturas y grabados. Alcalde del Río recogió abundante material y anotó observaciones valiosas a las que se refirieron después Cartailhac y Breuil en el libro sobre la cueva, publicado ese mismo año por el Príncipe de Mónaco, y que se publicaron luego como separata en 1908.

Ya en 1902 había realizado el prehistoriador de Torrelavega la primera clasificación de las pinturas de las cuevas en tres épocas diferentes: la primera, de líneas indeterminadas; la segunda, de mancha y esbozo y la tercera, del trazo concreto y determinado. Más tarde, al publicar sus observaciones en el citado estudio, se refirió también a los colores empleados en las pinturas, al rayado y superposición de las figuras, a las siluetas de las manos en la cueva del Castillo y al aprovechamiento rocoso para sugerir el volumen. A él se debe, igualmente, el haber establecido el fino rayado de estrías en piezas testigo como propias del Solutrense.

El trabajo interesó a Breuil y Cartailhac, aunque observaron algunas deficiencias y limitaciones, entre ellas, la ausencia de datos sobre la fauna de los diferentes niveles. El estudio de Alcalde y sus descubrimientos fueron comentados después en la revista *L'Anthropologie*, de París (1906, t. 17: 143-149).

Dos contribuciones importantes tuvieron lugar, además, en ese año de 1906: el artículo de Breuil, "La edad de las pinturas de Altamira", publicado en *Revue Prehistorique*, en el que calificaba de estudios interesantes los efectuados en la cueva por Alcalde al descubrir en ella diversos antropomorfos y realizar excavaciones que permitieron determinar el nivel Solutrense, y el de E. A. Martel, presentado al Primer congreso de Prehistoria de Périgueux, que tuvo lugar el año anterior. Como era entonces opinión general que Alcalde del Río conocía a fondo la cueva de Altamira y que hasta "los menores detalles le eran familiares", fue el guía de todos los especialistas que visitaron la cueva. Martel estuvo en abril de 1905 y permaneció solamente dos horas. Su conclusión de que la cueva pertenecía al neolítico, provocó una respuesta del abate H. Breuil.

En 1906 vuelve Breuil a Santander y se consolida la amistad del prehistoriador francés con Alcalde del Río y el Padre Lorenzo Sierra, a la vez que se une a los descubrimientos de nuevas cuevas en la región cantábrica. En febrero de ese año el Museo de Ciencias Naturales había nombrado a Hoyos Sainz su representante en las investigaciones de Altamira con la obligación de enviar el material encontrado al Museo Antropológico. Aprovechó el viaje el abate para explorar con Alcalde las cuevas de Clotilde, La Loja y la del Pindal, en Asturias. Pero la gran novedad del año fue el citado libro publicado en Mónaco por E. Cartailhac y H. Breuil. Se trataba de una obra tipográfica y científicamente valiosa, impresa con extraordinario lujo de láminas y grabados, como señaló Menéndez Pelayo. Suponía la mejor contribución hasta el momento al estudio de Altamira, aunque los conocimientos acerca de la misma se irían completando en sucesivos trabajos científicos. Comparado con el opúsculo de Alcalde, donde no aparecen reproducciones en color y las figuras están a pequeña escala, representaba un avance notable. Los autores señalaron, en los casos apreciables, los sexos, la presencia de signos, las actitudes y movimiento, la posible identificación de un lobo en una de las figuras, etc. En el libro se publicó una carta de Harlé, escrita en 1903, en la que, como segundo converso, decía que los bisontes de Font-de-Gaume garantizaban la autenticidad de los de Altamira.

Con motivo de la aparición del libro y la celebración en 1906 del Congreso de Prehistoria de Mónaco, se conocieron personalmente Henri Breuil y el Príncipe Alberto. Dos años más tarde se tomó el acuerdo de excavar, a costa de éste, las cuevas importantes de la provincia de Santander. Fue en esta ocasión cuando Breuil eligió como colaborador a su amigo Hugo Obermaier, al que conocía desde 1904 y que gozaba entonces de un especial reconocimiento como prehistoriador. Cuenta Breuil que "las excavaciones fueron pla-

neadas de acuerdo con mi colaborador Alcalde del Río y el Príncipe me hizo saber que las visitaría" (Ripoll, 1964: 9).

Ese mismo año apareció la traducción al español del libro de Salomón Reinach, *Apolo. Historia general de las artes plásticas* (1906) en el que se incluía el arte prehistórico dentro de la historia de estas artes. La contribución del autor en este y otros libros radicaba en la interpretación efectuada del pensamiento religioso del hombre primitivo. Al referirse a las pinturas de la región cantábrica destacó el realismo, corrección y sobriedad de las figuras con bellas actitudes de movimiento.

Para entonces la Prehistoria ya no era la ciencia nueva, como la llamaba Vilanova. Por ejemplo, el *Manual de Arqueología Prehistórica* de Joseph Déchelette representó en su época una obra importante, clásica y técnicamente avanzada. Los estudios realizados en el primer decenio supusieron un desarrollo notable, como puede apreciarse en la síntesis que de ellos hizo Menéndez Pelayo con respecto a España (*Prolegómenos*, o.e., XLIII, 1964). Pero, como aún ocurre, permanecían muchas dudas sobre el arte y la forma de vida del hombre prehistórico. Sí que quedó claro el realismo o fidelidad con que aquellas figuras representaban el mundo animal. Menéndez Pelayo opinaba que las grutas ornadas, cuya muestra más rica era entonces Altamira, "no fueron otra cosa que cámaras sagradas o antros destinados a ritos mágicos, que debían exigir cierta iniciación, como en tiempos posteriores" (ob. cit., p. 28).

En los primeros trabajos de la cueva, una de las más estudiadas en cuanto al arte parietal, se buscó la interrelación entre los útiles, la fauna y las formas de vida de la población que la habitó. Para ello, en un principio, se utilizó la comparación con los pueblos primitivos salvajes, como lo hicieron Alcalde del Río, Cartailhac y Breuil en los mencionados estudios de la cueva. Las preguntas básicas que se formularon ante las representaciones de un pasado sin historia eran dos: para qué servían y cómo se realizaron. Las explicaciones habría que buscarlas en los instintos fundamentales de la alimentación y reproducción, necesarios para el mantenimiento y la supervivencia y para la perpetuación de la especie, y de ahí el conocimiento que el hombre primitivo debió de tener de las diferentes especies de animales, su anatomía y sus hábitos. Resultaba aún más difícil para los primeros prehistóriadores, profundizar en el significado de los signos de oscura interpretación iconográfica. Sin embargo, el estudio comparativo de las cuevas iba a permitir descifrar determinadas áreas menos asequibles.

En el caso concreto de Altamira, aunque se describieron las figuras individualmente, faltaba una interpretación del conjunto como escena. Breuil y Obermaier, en la edición de *La cueva de Altamira en Santillana del Mar* (1935), realizada por indicación del Duque de Alba, escribían: "Han sido vanas nuestras rebuscas de grupos de figuras que indiquen una verdadera composición" (Breuil y Obermaier, 1935: 13).

Hoy sabemos, por ejemplo, que existen cuevas con predominio de determinadas especies representadas, que coinciden o no con las de los restos del yacimiento. En Altamira la especie dominante es el bisonte, al igual que ocurre en los grabados de Altzterri (Guipúzcoa). En cambio, en Tito Bustillo (Asturias) y Ekain (Guipúzcoa) el caballo es la más representativa. Y ello, posiblemente, tenía una motivación totémica o de magia propiciatoria de la caza.

En el panel de Altamira se encuentra asociado el bisonte con los cérvidos y los équidos, como se produce en la naturaleza entre estos herbívoros. Parece como si fuera una escena cuando en la época de celo y fecundación se reúnen los dos sexos en las manadas, tal como acertadamente ha advertido Leslie G. Freeman (1978: 175-179). Así, observamos animales en apareamiento, un bisonte hembra en el momento del celo, mugiendo y con la cola levantada, actitud propia de este estado e, incluso, se presentan figuras echadas con la cabeza vuelta hacia atrás, postura típica del parto. Cuenta Ortega y Gasset que una vez escuchó a un vaquero de la sierra de Ávila cómo, al ver los bisontes de Altamira, identificó una de las figuras con el momento del parto (Ortega y Gasset, 1960: 48). En esta situación las hembras se echan o levantan inquietas y otras paren en decúbito lateral o antero-abdominal. Por ejemplo, en los bóvidos, el decúbito costal es casi siempre en el parto del lado derecho (debido a que en el lado contrario está la panza), con el raquis arqueado y los miembros recogidos. Se encuentran, igualmente, figuras de bisontes decapitados. La cabeza, a lo que parece, fue un trofeo seleccionado también en otras especies como el caballo.

Según L. G. Freeman, las hembras y las crías estarían en el centro, protegidas de los machos, destacando entre ellos la figura imponente del bisonte del techo, conductor de la manada. Otros de los bisontes parecen señalar la práctica del baño en los revolcaderos, cavidades realizadas por ellos mismos que, al llenarse de agua, los protege con el barro de los insectos cutícolas. Félix Rodríguez de la Fuente había ya anticipado la posibilidad de que algunos bisontes de Altamira recogieran el momento en que se defienden de los Estridos cutícolas (Madariaga, 1969: 42).

En cuevas, como La Pasiega, parece existir diferente finalidad en sus pinturas. Aquí las especies representadas son fundamentalmente ciervos, caballos, bóvidos y bisontes, pero unidos a un argumento de capturas con signos escutiformes, claviformes, puntuaciones pares o impares, etc. La caza era imposible sin un conocimiento de las formas de vida de las diferentes especies, las migraciones y rastros de sus pisadas. En esta cueva de Cantabria, descubierta por Obermaier, se encuentran signos a modo de huellas que les darían la pista del paso de los animales, al igual que la presencia de excrementos.

En otras cuevas del Paleolítico encontramos escenas naturalistas con animales en el acto del apareamiento, como en la cueva de Tuc d'Aoudou-

bert en Francia, o con la presencia de un ave sobre un gran bóvido, como ocurre en la cueva de Altzerri (figura 23 del original); se trataría, a juicio de los especialistas, de la "Garcilla bueyera", llamada también "Picabueyes" (*Bubulcus ibis*), qué se asocia con los bóvidos y es frecuente actualmente desde el centro al sur de España. En el reno, las cornejas grises realizan idéntica función como espulgadoras, alimentándose de las ceras puestas por los insectos. Pero también es posible, en el gran panel de Altamira, la representación de animales muertos, ya cazados, según se desprende de la forma flácida de algunas colas. Junto a actitudes de reposo hay otras de movimiento, tal como ya advirtieron los primeros estudiosos de la cueva. Las asociaciones faunísticas recogen las especies coincidentes en el medio natural, figuras con sus características anatómicas y fanerópticas, pelaje, desarrollo del vientre descendido típico de la gestación, etc.

Respecto a la técnica del grabado y la pintura fue ya señalada, desde el principio, la degradación pigmentaria mediante el raspado de ciertas zonas. En algunos casos, las líneas del morro en determinadas figuras se interpretaron erróneamente como lazos o cabezales de sujeción. En realidad, se imitaron, en esta y otras zonas, los colores del pelaje y las particularidades cromáticas de la capa, por ejemplo, la dirección del pelo (frecuente en los grabados). El sexo abunda representado en los bisontes machos de Altzerri; las cebraduras en los caballos en la zona del antebrazo, rodilla, corvejón y caña e, igualmente, se advierten cebraduras en la cabeza (bandas faciales), típicas en los poneis de los bosques, de capa de color amarillento oscuro ("sabla") o grisácea ("ratonera") (Madariaga, 1975a: 93-108).

Los veterinarios denominan a estas zonas degradadas o intensificadas pigmentariamente con nombres concretos: "banda crucial", a la de color oscuro que corta la cruz y desciende por la espalda, frecuente en los caballos de Ekain y de otras cuevas; "banda dorsal", la mancha de color que recorre el dorso; "bocilavado", cuando una parte del hocico o morro está despigmentado frente al resto de la cara; "braguilavado", en aquellos casos en que el animal tiene más clara la región del vientre, también señalado en los caballos de Ekain y en otras especies. El pelaje y las mudas se advierten, en ocasiones, tanto en las pinturas como en los grabados. La crinera en los équidos puede ser caída o ladeada y enhiesta, si emerge del borde dorsal del cuello. La cornamenta en los bóvidos que aparecen en las representaciones suelen ser en gancho, en copa, en lira o en arco, carácter racial de diferentes morfotipos que no debe confundirse con los estilos de ejecución.

Tenemos mayor información en lo que se refiere a los colores y el material empleado, el uso de pinceles de crin, de barras y de disolventes. Hoy se sabe que diluían en agua los minerales previamente molidos y, al aplicarse la mezcla sobre la roca, se absorbía dando lugar su adherencia a lo que se ha llamado "fuerza de van der Waals" (Hambleton, 1979: 27-28).

Las manos en positivo y negativo, frecuentes en las cuevas de la región franco-cantábrica, cuentan con estudios en cuanto al sexo, tamaños, elección de la diestra o de la izquierda, mutilaciones de los dedos, atribuidas a causas diversas, en cuya interpretación puede ayudarnos la etnografía; etc.

Los llamados signos (tectiformes, puntiformes, claviformes, etc.) se han interpretado como cabañas, trampas de fosa, empalizadas y pistas de los caminos de emigración de las diferentes especies. Existen casos en que esas pistas de puntos conducen hasta los animales o hacia posibles trampas.

LA LLEGADA DEL PRÍNCIPE DE MÓNACO

La entrevista en 1908 del Príncipe de Mónaco con el abate Breuil, en la que le comunicó su deseo de excavar y publicar las cuevas importantes existentes en la provincia de Santander, significó el comienzo de un proyecto que le llevaría a visitar Santander.

En el verano del año siguiente llegaba el 21 de julio a bordo de su yate *Princesse Alice* y, aunque las autoridades pasaron a cumplimentarle y dejaron sus tarjetas o firmas, sólo recibió al abate Breuil para organizar con Alcalde del Río la excursión a la cueva de Altamira. Al día siguiente subieron a bordo Breuil, Obermaier y el P. Jesús Carvallo. Esa misma tarde se trasladó en dos coches alquilados, en compañía de Breuil, Obermaier y Alcalde del Río, a ver las cuevas de Ramales y, al pasar por el pueblo de Limpias recogieron al P. Lorenzo Sierra. Para contemplar las figuras de Covalanas se iluminaron con una lámpara de magnesio. El día 23 fueron por la mañana a las cuevas del Castillo, en Puente Viesgo, y por la tarde a Santillana del Mar, donde visitaron Altamira y almorzaron en casa del conde de Torreanaz. Aunque de regreso el P. Carvallo propuso ver una nueva cueva en Suances, quiso visitar la primeramente el abate Breuil, quien comprobó que se trataba de pinturas falsificadas y un engaño a la buena voluntad del indicador de la cueva, que no las había visto. (Ripoll, 1994: 14).

El Príncipe de Mónaco quedó impresionado por el interés y la belleza de aquellas cuevas. En Puente Viesgo comprobaron que se habían efectuado excavaciones furtivas por aficionados. Al llegar a Santillana, la cueva de Altamira superó todas sus previsiones y dicen que el Príncipe Alberto, al ver las pinturas, exclamó: "¡Es preciso que esto se mime como a los propios ojos. Esto es una riqueza inapreciable!".

Aprovechó el viaje para visitar también la Estación de Biología Marina y se entrevistó con el director José Rioja, al que hizo entrega de una colección de las obras con las campañas científicas oceanográficas que había sufragado. El Príncipe Alberto tenía previsto ir a ver los Picos de Europa, pero no llegó a realizar ese viaje. En cambio, por coincidir esos días con la temporada taurina, presenció una corrida de toros; antes de marchar advirtió el peli-



Fig. 3. Alberto I, Príncipe de Mónaco.



Fig. 4. Visita de Alberto I de Mónaco a la cueva de El Castillo (Puente Viesgo) el 23 de junio de 1909. A la izquierda, en segundo término detrás de Henri Breuil, Hugo Obermaier y Hermilio Alcalde.

gro que corría Altamira pues los desaprensivos escribían nombres en las paredes, que, además, se ahumaban con las velas de los visitantes. "La cueva de Altamira –dijo– debe mirarse como una reliquia".

Una de las primera excavaciones la realizó, a juicio de Ripoll (ob. cit.: 105), Hermilio Alcalde del Río en el vestíbulo de la cueva de Hornos de la Peña en el verano de 1907. En 1909 el Príncipe de Mónaco suscribe con él un segundo contrato que complementaba el anterior y por el que se comprometía a sufragar la exploración de las cuevas descubiertas por Lorenzo Sierra y Alcalde del Río, que figuraban como directores de las excavaciones, aunque luego no llegaron a regentarlas. El 24 de julio de 1910 se creó, por sugerencia de M. Boule, el Institut de Paleontologie Humaine del que se constituyó el Consejo de Administración el 16 de noviembre. Igualmente se nombró la Junta de Conservación de Altamira de la que fue nombrado presidente honorario el Príncipe.

Ese mismo verano de 1910 comenzaron las excavaciones de El Castillo dirigidas por Hugo Obermaier, que contaron con la colaboración del abate Jean Bouyssonie y, al año siguiente, con la de Paul Wernert, el más constante, después, de los ayudantes de Obermaier. Alcalde del Río, descubridor de

la cueva, que la había registrado a su nombre como mina, estuvo apartado en un principio de los trabajos iniciales y debió de existir entre ellos cierta tirantez que no rompió posteriores colaboraciones. Victoria Cabrera, que ha estudiado todo el proceso de las excavaciones del Castillo (Cabrera, 1984), que comprendieron cinco campañas desde 1910 hasta la interrupción de las de 1914, apunta la incorporación en 1911 de R. R. Schmidt y de H. F. Osborn. La excavación fue adquiriendo un carácter de participación internacional con nuevos nombres en años sucesivos. Así, en 1913, se incorporaron M. C. Nelson, Miles Crawford Burkitt y Teilhard de Chardin, invitado en junio de 1913. A éste debemos algunas manifestaciones sobre el significado que tuvo para él aquel encuentro con las cuevas de Cantabria y contemplar el impresionante yacimiento del Castillo, con una estratigrafía que abarcaba desde el Achelense inferior hasta el nivel Eneolítico:

“Puedo aseguraros que la visión de estos vestigios de una humanidad anterior a toda cultura conocida nos dio realmente no poco que meditar; es algo maravilloso encontrarse frente a ellos, sólo, en un absoluto silencio que es solamente interrumpido por el sonido del agua que gotea de las estalactitas (Speaight, 1972: 73-74)”.

Tras su visita a la cueva de Altamira escribe también:

“Cuando uno piensa que éstas pinturas fueron hechas en la era del reno, en un tiempo en que no había traza visible alguna todavía de la civilización egipcia, se queda uno sencillamente atónito. Pero yo confieso que uno se siente también impresionado y que se requiere un esfuerzo para situar estas pinturas en un pasado tan remoto y para tratar de abarcar todo lo que ellas evocan. Tengo que confesar que yo no he logrado todavía hacerlo (ibidem: 74)”.

En la segunda campaña de 1911, H. Obermaier y P. Wernert descubrieron la importante cueva de La Pasiega. Alcalde del Río se lo comunicó por carta a su amigo el abate Breuil. Más tarde, Alcalde y Obermaier encontraron en la cueva una nueva sala con pinturas. Éste le escribe entonces a su colega francés:

“Hermosas figuras de bisontes, caballos y tectiformes muy singulares. Yo encontré, además, el trono *sacerdotal* cuaternario, un trono especialmente adaptado! = Todo es magnífico, pero ésta será otra buena tajada de trabajo. Pienso que V., yo y Alcalde podemos hacerlo en unas 4 ó 5 semanas, y que este será un fascículo adicional para su volumen (Ripoll, ob. cit.: 12)”.

Sin embargo, el ambiente de camaradería de las excavaciones se rompió bruscamente al declararse la Guerra Europea. Tras el desconcierto, los participantes del equipo, de nacionalidad francesa, inglesa, alemana, e italiana, marcharon a sus respectivos países, excepto Hugo Obermaier, que se acogió a la neutralidad española.

Los detalles de lo que ocurrió después con el prehistoriador alemán los conocemos merced a la memoria inédita escrita por el P. Carvallo (1956) so-

bre el Museo de Prehistoria de Santander, fundado por él. Según éste, Obermaier no pudo regresar a Francia donde tenía su casa, por haber sido asaltada. Al no tener aquí medios de subsistencia pensó embarcarse para Barcelona rumbo a Génova, pero los alemanes residentes recibieron orden de su embajador de permanecer de momento en España. Por otro lado, pensaba que la contienda duraría poco tiempo. No quiso quedarse en Madrid, donde tenía buenos amigos, debido a la opinión de afrancesado existente entre la colonia alemana, por lo que permaneció en Santander en casa del P. Carvallo. Pero al ver que la guerra se prolongaba con gran dureza, siguió su consejo y pidió protección a su amigo el Conde de la Vega del Sella, quien generosamente le ofreció permanecer en su casa. En ese tiempo iniciaron juntos el estudio de los principales yacimientos de la región asturiana. Como no se veía el fin de la guerra y le resultaba violento a Obermaier continuar tanto tiempo al amparo del Conde, el Dr. Carvallo de común acuerdo con éste escribió a los profesores Ignacio Bolívar y Hernández Pacheco solicitando para Obermaier un puesto en el Museo Nacional de Historia Natural, donde pudo ejercer de profesor agregado y regentar el Laboratorio de la sección de Geología, instalado en el Hipódromo.

Durante la guerra fue vigilado por los alemanes como sospechoso de servir los intereses franceses e, incluso, según Carvallo, la colonia alemana de Cataluña publicó en un periódico tres artículos contra él. Su situación conflictiva hizo que fuera llamado a la Embajada de su país y se le exigió que demostrara su inocencia. Ante acusaciones graves no probadas se sintió sólo y anonadado. A petición del interesado, el Dr. Carvallo se dirigió por escrito a la Embajada alegando en defensa de su amigo que durante su trato con el investigador no le había notado comportamiento alguno en contra de Alemania y aducía como prueba que el profesor Boule había cesado a Obermaier en el Instituto de Paleontología y escrito artículos en contra suya. Pero no obtuvo contestación. El interesado había recibido "por primera vez una prueba extraordinaria de la caballerosa hospitalidad española". En su discurso de entrada en la Academia de la Historia lo expresa después en estos términos: "Separado de Alemania, mi patria y en la imposibilidad de regresar a mi domicilio de París, la Junta de Ampliación de Estudios me ofreció el honroso puesto de profesor agregado del Museo de Ciencias Naturales, lo que, no sólo me permitió pasar los cuatro años de la guerra, libre de preocupaciones materiales, sino que me puso en condiciones de efectuar intensos estudios sobre la Era glacial y el hombre diluvial de la península ibérica" (Obermaier, 1926: 9-10). Después tuvo contratiempos en sus relaciones con Hernández Pacheco y pidió cesar en el Laboratorio.

Durante la etapa que duró la guerra estudió los glaciares de los Picos de Europa (1915), de las sierras de Gredos y Guadarrama (1915), de Sierra Nevada (1915) y del Pirineo español (1918), etc. Fue notable su obra *El hombre fósil*, publicada en 1916. El año anterior le había solicitado al Dr. Carvallo sus

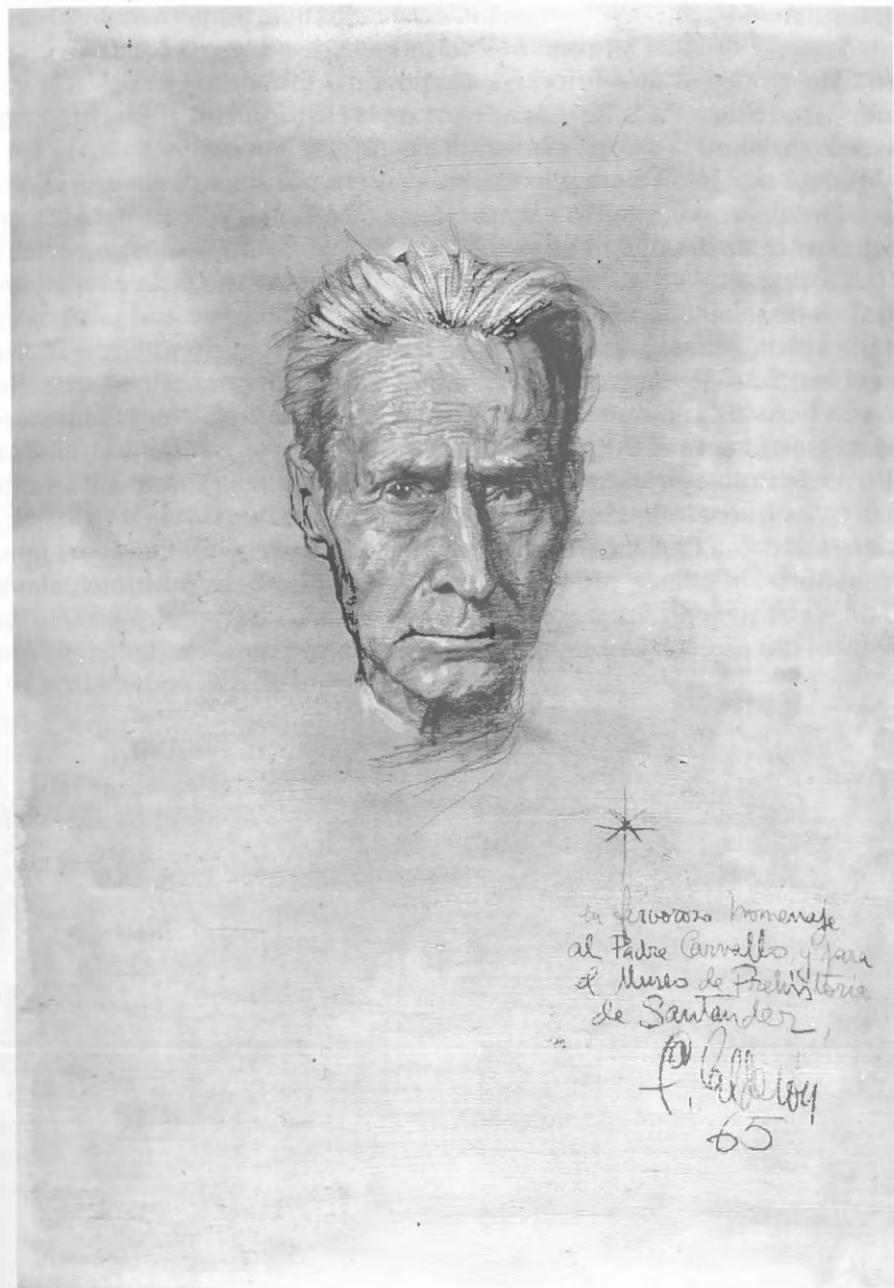


Fig. 5. Retrato de D. Jesús Carvallo, obra de Fernando Calderón. Museo Regional de Prehistoria y Arqueología, Santander.

publicaciones para utilizarlas en ella y éste, a su vez, envió la reseña biográfica de su colega alemán al Diccionario Espasa.

Su situación económica se restableció definitivamente cuando fue capellán de la Casa de Alba y, gracias a su influencia, se le concedió en 1922 la nueva cátedra de Historia Primitiva del hombre. El 2 de mayo de 1926 ingresó como académico en la Real Academia de la Historia con el discurso público *La vida de nuestros antepasados cuaternarios en Europa*.

No dejó por ello Obermaier de interesarse por los estudios prehistóricos en Cantabria. Así, realizó excavaciones en 1924 en Altamira, fecha en la que obtuvo la nacionalidad española. En 1928 descubrió una nueva cueva cercana a esta, en la que encontró un esqueleto humano (Obermaier, 1928, 1929). Dos años más tarde de este hallazgo, visitó en junio con parte de sus alumnos la zona cantábrica y el Museo de Prehistoria de Santander, instalado en el Instituto de Enseñanza Media y regentado por el Padre Carvallo. En una carta le había comunicado, poco antes, las gestiones efectuadas por algunas personas ante el Duque de Alba para instalar en Santander un Museo definitivo de Prehistoria. En marzo de 1932 llegaron a la Aduana de Santander las cajas que contenían los materiales prehistóricos que el Príncipe de Mónaco se llevó a París, catalogados por Obermaier y destinados a la sala de Prehistoria, instalada provisionalmente en la Biblioteca Municipal. Pero



Fig. 6. Hugo Obermaier a la entrada del Museo Monográfico de Altamira el día del descubrimiento de la "Cueva de las Estalagmitas", junto a Altamira.

quizá su más importante aportación en los estudios publicados en Cantabria, después de La Pasiega, fue la colaboración con Breuil en la nueva edición de la cueva de Altamira, prologada por el Duque de Alba, en que revisaron las pinturas y realizaron nuevos calcos en marzo de 1932. Aprovecharon aquél viaje a Santander para explorar la cueva de Cudón y estudiar su yacimiento.

Al crearse la Universidad Internacional de Verano por la República fue invitado a participar en 1933 con las seis conferencias de que constaba el curso “El hombre diluvial y su arte”.

Este prehistoriador amante de España, a la que debió su mayor ayuda, correspondió realizando importantes estudios de Prehistoria y Geología en nuestro país, hasta el punto de ser un maestro y una autoridad en estas materias. El Dr. Carvallo pudo por ello, con justa razón, “certificar que el profesor Obermaier, con su labor constante, sus publicaciones y conferencias y su cátedra contribuyó como el que más al progreso de la Prehistoria española” (ob. cit.: 61-62). El abate Breuil dijo, a su vez, que fue un pacifista y un buen amigo y colaborador, en el que el Príncipe de Mónaco apreció el “valor científico y el gran carácter moral y humano” (Ripoll, ob. cit.: 8-9).

La guerra civil española, precursora de la mundial, iba a complicar, nuevamente, su tranquila labor investigadora cuando estaba en su mejor momento. Al no querer incorporarse a su cátedra, en la Universidad de Madrid, la perdió definitivamente por creer que los dictadores no eran tan longevos y se convirtió así en uno de los muchos exiliados españoles.

BIBLIOGRAFÍA

- ALCALDE DEL RÍO, H. (1906): *Las pinturas y grabados de las cavernas prehistóricas de la Provincia de Santander, Altamira-Covalanas-Hornos de la Peña-Castillo*, Santander.
- BARAJA, M. (1887): “La doctrina transformista ante la ciencia actual”, en *Revista Cántabro-Asturiana*, Santander, t. I, pp. 265-69, 300-306, 331-336 y 363-367.
- BARREIRO, J. R. et al., (1971): “El evolucionismo en Galicia”, *Compostellanum*, XVI, 1-4, pp. 539-574.
- BREUIL, E. y H. OBERMAIER (1935): *La cueva de Altamira en Santillana del Mar*, Prólogo del Duque de Berwick y de Alba, Madrid.
- BREUIL, H. (1994): “Prefacio. Mis trabajos sobre el arte Paleolítico en España (1902-1954)”, en E. Ripoll Perelló, *El abate Henri Breuil (1877-1961)*, Madrid, UNED.
- CABRERA VALDÉS, V. (1984): *El yacimiento de El Castillo (Puente Viesgo, Santander)*, Madrid, Instituto Español de Prehistoria.
- CALDERÓN, S. y F. QUIROGA (1977): *Erupción ofítica del Ayuntamiento de Molledo (Santander)*, Madrid, Fortanet.
- CARO BAROJA, J. (1977): “El miedo al mono o la causa directa de la Cuestión Universitaria, en 1875”, en *El centenario de la Institución Libre de Enseñanza*, Madrid, Tecnos.

sol (avant la fosse.)
néol (2) noirâtre.
couche à escargots (roches calcaires) (azyl)
limon jaune avec ggs rares
avec paleotectites.
couche argileuse (azyl? paleol?)
p (poterie, meules)

661 coquilles.

ancien
éboulis (blocs usés)

éboulement, plus récent.



SERVICIO DE
PUBLICACIONES



Fundación
Marcelino Botín

